

FÉLIX F. PALAVICINI Y SU VISIÓN DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA

EL MADERISMO

LOS ERRORES DE MADERO

POR QUÉ CAYÓ AQUEL RÉGIMEN

Tenían mayor poder los contrarrevolucionarios que los revolucionarios; la influencia de los leales amigos de Madero en el Congreso era nula, mientras que los enemigos gozaban de favores en las cámaras y en el gabinete, dice Palavicini.

CAPÍTULO I

Exactamente a la mitad del año de 1910, varios hombres, desde la prisión, pensaban en la Revolución mexicana. En la penitenciaría de Florence, Arizona, la discutían Ricardo Flores Magón y Antonio I. Villarreal; en la penitenciaría de San Luis Potosí, la pensaban Francisco I. Madero y varios amigos.

México se encontraba en un estado de completa descomposición social, económica y política. Explicando este estado de descomposición social de la época, el relator, ingeniero Palavicini, me ha dicho:

Dos poderosos grupos compartían el poder a cargo del general Porfirio Díaz. Uno, el económico, llamado *científico*, cuyo teórico era don Pablo Macedo. Otro, político, dirigido, aparentemente, por don Ramón Corral.

Para el grupo económico no había más tarea que cuidar y hacer progresar sus grandes intereses financieros formados gracias al privilegio concedido desde la Secretaría de Hacienda por José Ives Limantour. Para el grupo político, la tarea estaba en el mantenimiento en el poder del general Díaz —única forma de mantener también sus privilegios.

Un nuevo partido político en el poder ponía en peligro todas las aspiraciones del grupo dirigido por don Ramón Corral; en cambio, el grupo de Limantour, gracias a sus cimentadas fuerzas económicas, podría continuar disfrutando de su espléndida posición.

Pero un movimiento revolucionarios presentaba más peligro para los *científicos* que para los políticos; así lo comprendían los jefes de ambos grupos; lo comprendían también los revolucionarios.

Los hombres que formaban el grupo *científico* y que había salido del bufete de Manuel Romero Rubio, eran los dueños de los bancos, de la Caja de Préstamos, de la Fundición de Monterrey, de la Fábrica de San Rafael, de los Ferrocarriles, de las minas principales, con la protección de la Secretaría de Hacienda.

EL PELIGRO DE UNA REVOLUCIÓN

Una revolución representaba para los *científicos* los siguientes grandes peligros:

- 1.- La aparición de jefes militares, que podrían arrancarles sus privilegios.
- 2.- La crisis en los negocios.
- 3.- El desequilibrio de sus problemas financieros, sobre todo, los referentes a los bancos.

Y prueba de que a los *científicos* no interesaba quién se encontrara en el poder, si a él se ascendía pacíficamente, fue la actitud que asumieron desde el momento que estalló la revolución.

Para los *científicos* la paz era indispensable, la paz era el negocio.

Los políticos, en cambio, cifraban todas sus esperanzas en el gobierno del general Díaz. Sin embargo, parecían dispuestos a la lucha, sabiendo que si triunfaban, el triunfo sería absoluto, completo.

Y para triunfar, los políticos sólo contaban con el ejército; pero, ¿estaba preparado el ejército para hacer frente a un movimiento revolucionario?

En primer lugar, estando integrado en gran parte, por gente extraída de las cárceles, carecía de valor moral; en segundo, sus efectivos apenas eran el cincuenta por ciento de los que aparecían en las listas; en tercero, solamente se le tenía preparado para desfiles vistosos en las ciudades.

Pocos meses antes de que estallara el movimiento revolucionario, el licenciado Pablo Macedo, portavoz del grupo *científico*, había dicho en un banquete dado en honor del general Porfirio Díaz en el Jockey Club: “con el general Díaz iremos hasta la ignominia”.

Pero la revolución estalló; los *científicos*, hombres de negocios, empezaron a resentir pérdidas en sus intereses, y abandonaron a quien habían prometido acompañar “hasta la ignominia” y ni a la estación lo acompañaron cuando salió de la capital de la República para marchar al exilio.

Y los *científicos* no sólo abandonaron al general Díaz, sino que también entraron en tratos con los elementos revolucionarios. Fue José Ives Limantour el primero en proponer la paz.

Fue así como la revolución llegó pronto a la victoria. El poder de los hombres que gozaban de todos los privilegios económicos en el país fue decisivo; la revolución no tuvo necesidad de grandes batallas.

“LOS GRANDES DE AYER, GRANDES DE HOY”

El señor Palavicini continúa.

Triunfante en esta forma, el nuevo partido llegaba al poder sin fuerzas propias; el grupo *científico* seguía dueño de la situación.

El pueblo no había experimentado alivio alguno; los males del país eran los mismos. Los grandes de ayer seguirán siendo los grandes de hoy.

Tanto en la integración del gabinete del presidente De la Barra, como en el del presidente Madero, los *científicos* pudieron tener la seguridad de que sus intereses estaban a salvo de cualquier contratiempo.

Solamente los políticos del porfirismo tenían que sufrir las consecuencias del nuevo régimen; habían perdido todo su poderío a cambio del cual sólo tenían la garantía de la libertad de prensa, que empezaron a aprovechar maravillosamente.

Sin embargo, la situación de los *científicos* apareció amenazada con la proximidad de las elecciones nacionales que habían de efectuarse el primer domingo de julio de 1912. Hasta entonces el Poder Legislativo continuaba dominado por

Las rupturas en el constitucionalismo

los porfiristas. Pero las elecciones nacionales de 1912 no abrirían las puertas a los representantes de las nuevas tendencias, quienes podrían influir para un cambio de cosas.

UN CAMPO FÁCIL DE CONQUISTA

Si es verdad que hasta mediados de 1912 los revolucionarios no habían tenido acceso al poder público; si no habían dejado sentir su influencia renovadora ni en los poderes federales, ni en los estados, ni en el ejército, ni en la armada, ni siquiera en los municipios, las elecciones se presentaban como un campo abierto y fácil de conquista para quienes preconizaban nuevos sistemas; para quienes pedían nuevos hombre; para quienes pedían, al fin, hacer sentir los beneficios de una lucha, si no sangrienta, cuando menos abnegada, paciente, definitiva.

La nueva Legislatura Nacional estaba llamada a desempeñar un papel de enorme importancia en las batallas políticas y económicas mexicanas. Y fue así como todos los partidos se lanzaron a disputarse el triunfo en las elecciones de 1912. Porfiristas, católicos, maderistas, liberales, todos se dispusieron a la conquista de las curules. Eran tales los preparativos, que ya nadie dudó que las batallas que no se dieron en la montañas y en los valles, se darían en las cámaras federales. Los *científicos* sintieron entonces lo falso de su situación. ¿Quién podía ya poner en duda que los revolucionarios obtendrían la mayoría de las curules, y que inmediatamente después iniciarían reformas tan trascendentales que habrían de afectar a los intereses de los hombres de negocios que habían abandonado al hombre que había ofrecido acompañar “hasta la ignominia” para transar con los revolucionarios?

El conocimiento de esta situación hizo aumentar el fuego de la oposición al nuevo régimen. A los porfiristas, cuyos jefes eran los generales Félix Díaz y Bernardo Reyes, se sumaron las fuerzas de los *científicos*, quienes contaban con las poderosas baterías de varios periódicos.

LA FAMOSA LEGISLATURA DE 1912

Los revolucionarios llegaron a la Cámara Baja para constituir la mayoría; mayoría que había de quedar confirmada con la formación, el 18 de septiembre de 1912, del Bloque Liberal Renovador. Y frente al Bloque Renovador,

se constituyó el Bloque Católico, y, por fin, los elementos significados como antimaderistas.

Eran los más prominentes miembros del Bloque Renovador, Gustavo Madero, Luis Cabrera, Jesús Urueta, Serapio Rendón, Francisco Escudero, Enrique Bordes Mangel, José Inés Novelo, Félix F. Palavicini, Salvador Díaz Mirón, Luis Manuel Rojas, Alfonso Cravioto, Gerzayn Ugarte, Eduardo Neri, Juan N. Frías, Pascual Ortiz Rubio, Antonio Ancona Albertos, Roque González Garza y J. M. De la Garza.

Del Bloque Católico eran las más salientes figuras Francisco Elguero, Manuel de la Hoz, Eduardo de la Mora, Eduardo Tamariz, Eduardo J. Correa y Juan Galindo Pimentel.

Del Cuadrilátero –representante del antimaderismo puro–: Nemesio García Naranjo, Querido Moheno, Francisco M. Olaguíbel y José Ma. Lozano. Moheno había sido miembro del Bloque Renovador, pero apenas aprobada su credencial, abandonó las filas de los revolucionarios, según explica el relator.

Con este cuadro, en el que aparecían todas las tendencias, inició sus trabajos la XXVI Legislatura Mexicana. El Bloque Liberal Renovador contaba, además de la mayoría camaral, con su disciplina parlamentaria. Credenciales y acuerdos eran previamente discutidos y aprobados en el seno del bloque y luego presentadas a la consideración de la asamblea nacional.

LA SUBLEVACIÓN DE FÉLIX DÍAZ

La lucha de ideas en el seno de la Cámara empezó desde el primer día; pero habría de estallar cuando el 16 de octubre el general Félix Díaz se sublevó en el puerto de Veracruz. Y en la sesión del mismo día, fue presentada una moción suscrita por la mayoría parlamentaria, redactada por el diputado Félix E. Palavicini, y que había de dar lugar a enconados debates Decía la moción:

Señor:

Los que suscribimos en uso del derecho que nos concede el reglamento vigente, sometemos con todo respeto a la consideración de vuestra soberanía, con previa dispensa de todo trámite, las proposiciones siguientes:

Primero.- Hágase saber al C. Presidente de la República que la Cámara de Diputados ha estado y está dispuesta a prestar su concurso con el objeto de sos-

Las rupturas en el constitucionalismo

tener la legitimidad del gobierno constituido, como verdaderamente emanado de la suprema voluntad de la Nación.

Segundo.- Hágase igualmente saber al C. Presidente de la República que la Cámara de Diputados está dispuesta a concederle las más amplias facultades y ha adoptar todas las medidas que fueren necesarias para el restablecimiento propio y eficaz de la paz de la República.

México, octubre 16 de 1912.

Félix F. Palavicini, J. Ramos Roa, Luis Cabrera, Eduardo T. Hay, Alfredo Álvarez, Isaac Barrera.

Y la moción terminaba con las firmas de otros setenta y ocho diputados renovadores.

UN FAMOSO DISCURSO

Para apoyar la iniciativa de la mayoría parlamentaria, el diputado Palavicini pronunció un discurso. Empezó diciendo:

Si sólo hubiera que temer, al escalar esta tribuna, a las manifestaciones deliberadamente hostiles de algunos individuos de las galerías, sería sencilla y fácil mi tarea, porque cien voces, mil voces, no pueden ni podrán nunca tocar la inflexible conciencia de aquel que viene a representar aquí los intereses de un pueblo ansioso de verdadera justicia y de verdadero orden legal.

Sostuvo el líder renovador la necesidad de defender al gobierno legal de Madero, afirmando que “los cañones que se disparan en Veracruz están apuntados desde aquí”.

El glorioso ejército nacional –agregó– que ha cruzado las avenidas de la metrópoli recibiendo las flores, recibiendo las bendiciones, recibiendo los agasajos de todo un pueblo, se siente en este instante abochornado por la cobarde defección de algunos de sus jefes. En los momentos que los llamados a defender la legalidad sienten flaqueamientos, sienten desfallecimientos, sienten debilidades, y el vértigo de la ambición los impulsa al crimen de lesa patria, entonces, señores, los verdaderos representantes del pueblo, los defensores de la ley, no son los colaboradores de la revuelta, sino los colaboradores del gobierno.

Y el diputado terminó su discurso:

Después, señores, todos los partidos: renovadores y liberales, podréis pedirle al gobierno leyes de más pronta y eficaz aplicación contra esta violencia, los católicos que tienen espíritu conservador serán vuestro obstáculo, pedirán en esta Cámara, naturalmente, que vuestra velocidad se aminore y servirán para la balanza parlamentaria. Que está bien, pero entre tanto, el peligro es nacional, la patria tiene enfrente una primera defección en el ejército, y yo estoy seguro de que esta vergüenza no puede ni podrá ser imitada, ni podrá ser consentida; pero entre tanto, señores, estamos obligados, los que formamos parte de uno de los poderes legítimos a decirle al Ejecutivo: “te apoyaremos, estamos dispuestos a sostenerte dentro de los preceptos de la ley para que hagas triunfar el principio de autoridad”.

Puede ser, señores, que entonces lo que hoy se había pedido como una censura al gobierno [el cambio de ministros] el gobierno lo dé como una natural necesidad de su administración y, entonces, señores, quién sabe si investigando sepamos quiénes son los autores de esta nueva revolución iniciada en Veracruz, que vosotros, como yo, pensáis es sólo un pretexto de restauración; entonces morarán algunos prestigios y caerán quizás algunas cabezas, pero si es necesario, que caigan esas cabezas, aunque sean de millonarios traidores, aunque sean de secretarios de Estado infieles, y aunque sean de diputados al Congreso de la Unión. Si es preciso que los hombres mueran pero que la patria viva.

La moción fue aprobada. La mayoría gobiernista había conquistado un nuevo triunfo.

LA INFLUENCIA NULA

Sin embargo, en los últimos meses de 1912, el Bloque Renovador se desintegraba poco a poco. Los diputados renovadores carecían de toda influencia en el Poder Ejecutivo; era mayor la de representantes que formaban el bloque de la oposición.

El gabinete del señor Madero; a excepción de los ministros Manuel Bonilla y José María Pino Suárez –cuya influencia política era prácticamente nula, concretándose a una inteligente labor administrativa– se encontraba a favor del viejo régimen.

Las rupturas en el constitucionalismo

Don Manuel Calero, figura de gran significación en el gabinete, tenía un profundo desdén por el presidente Madero, y no ocultaba tampoco que era enemigo de la Revolución. Madero lo había llamado al gabinete creyendo que así atraía a un elemento para la revolución; pero el presidente de la República había caído en un error; porque en lugar de conquistar un nuevo adepto para su causa, había introducido un poderosos enemigo en casa.

El señor Calero había de demostrar siempre su enemistad a la revolución. Siendo senador confesó en un sensacional discurso, que ocupando la embajada de México en Washington había engañado a los americanos para engañar a Madero. Más tarde, se prestó a figurar como candidato a la presidencia de la República a sabiendas de que su contrincante, el general Victoriano Huerta, tenía asegurado el triunfo. Y cuando Calero aceptó la candidatura presidencial, don Francisco Bulnes, escribió: "Calero es un hombre hábil que toma con pinzas a la certeza de Toluca y ha aceptado su candidatura presidencial; no porque crea ni remotamente que va a ocupar la silla; Calero apunta alto no para dar en el blanco, sino para que vean que apunta alto".

E integrado el gabinete con elementos adversos a la revolución, no envió, de septiembre a diciembre, ni un solo proyecto de ley que incluyera la menor reforma social, de las tantas ofrecidas al pueblo.

LA CONSPIRACIÓN

Y al mismo tiempo que el gabinete maderista continuaba impasible ante la reforma social prometida, en la Ciudad de México los enemigos abiertos del régimen conspiraban. Se conspiraba en el bufete del licenciado Rodolfo Reyes; se conspiraba en Tacubaya; se conspiraba en los cuarteles; conspiraban varios diputados; se conspiraba en la Escuela de Aspirantes.

Los rumores de la conspiración trascendían al público. La incertidumbre reinaba en todo el país. El gobierno emanado de la revolución de noviembre parecía bamboleante. Todos creían en la inminente caída del señor Madero, menos el señor Madero.

La Comisión Permanente del Congreso de la Unión había quedado integrada por diputados y senadores maderistas, pero no significaba fuerza política alguna, continuando el Poder Ejecutivo en manos de quienes esperaban una restauración.

La inquietud política era intensa a mediados de enero de 1913. Las pruebas de la conspiración estaban al alcance ya de la policía. Sin embargo, el presidente Madero permanecía sereno, sin expresar temor alguno y con un optimismo infantil.

UNA SESIÓN SECRETA

Para examinar la posición del nuevo régimen; para resolver qué actitud había de tomarse ante los minutos imprecisos; para buscar la forma de defender los propósitos de la Revolución, bien amenazados, los miembros del Bloque Liberal Renovador de la Cámara de Diputados resolvieron celebrar una sesión secreta el 19 de enero de 1913.

Durante la sesión, numerosos representantes dieron a conocer las pruebas existentes de la conspiración de los elementos antimaderistas, quienes tenían como jefes a los generales Bernardo Reyes y Félix Díaz, el uno preso en la prisión militar de Santiago y el otro detenido en la penitenciaría del Distrito Federal. Y al mismo tiempo que se hablaba de los conspiradores, los renovadores se refirieron a la actitud pasiva que ante el complot que prácticamente se hacía a la luz del día, habían asumido tanto el presidente de la República como los miembros de su gabinete. Ni una medida definitiva, salvadora del régimen que encabezaba, había ordenado Madero hasta esos momentos.

Los diputados discutieron acaloradamente durante la sesión del día 19 y continuaron las discusiones los días 20 y 22.

RÁPIDAS MEDIDAS

En la sesión del día 20, los miembros del Bloque Renovador resolvieron dirigirse en masa al Castillo de Chapultepec y hablar claramente de la situación al presidente Madero, pidiéndole, al mismo tiempo, el total cambio de los miembros del gabinete, a fin de que los nuevos ministros se enfrentaran seriamente a la crisis moral y política del momento, que hacía preveer gravísimos acontecimientos en el país.

Para dar a conocer las resoluciones tomadas por el Bloque Liberal Renovador al presidente Francisco I. Madero, los diputados maderistas comisio-

Las rupturas en el constitucionalismo

naron al licenciado José Inés Novelo, presidente del mismo bloque, para que redactara un memorial que expusiera claramente la situación del momento e hiciera saber al jefe del Ejecutivo las razones por las cuales se pedía la remoción inmediata del gabinete presidencial.

Novelo redactó un extenso e interesantísimo memorial, aprobado por el Bloque en la sesión del día 22, resolviéndose, a continuación, entregarlo al presidente de la República; en el Castillo de Chapultepec.

Y el 23 de enero; el señor Madero recibía a los diputados renovadores en el alcázar.

Segunda sección de *La Prensa*, San Antonio, Texas, domingo 12 de junio de 1932, año VI, núm. 271, pp. 1-2.